

Album Salón



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 151, Barcelona • Precio: 4 reales.

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

Año II

BARCELONA, 16 DE NOVIEMBRE DE 1898

Núm. 30

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusi.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masiera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castañó.—Arturo Serriá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

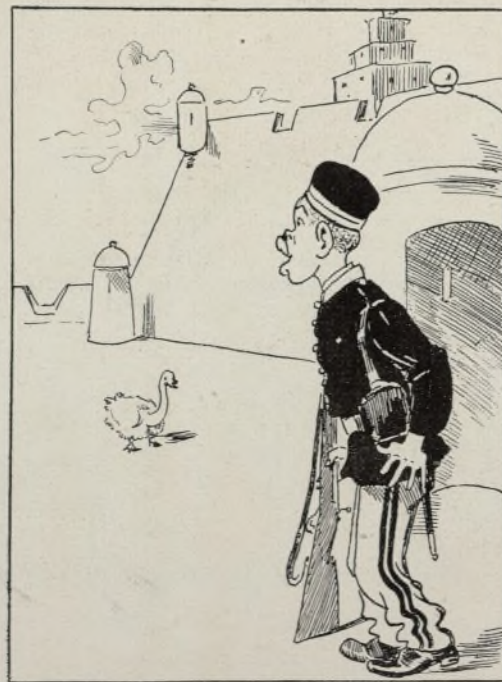
¡¡ TERRIBLE VENGANZA!! por FRADERA.



— Oye Lendrera: ¿a que no t'has enterao que mañana estamos castigao ó entrar de guardia? — ¿Y porque home? — Por habernos metio antier á comer higos en el huerto del Gobernador... — ¿Y quién ha sido el soplon? — Pos... el ganso del mayor de plaza. — Pos... lo que es á mí me la paga!



— ¡Rediez con el ganso del mayor! ¡Cuando igo yo que me la ha de pagar!



— ¡Córcholis! ¡Po allí asoma!... ¡Alto!... ¿Quién vive?... ¡Alto!... ¿Quién vive?..

OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

Tres danzas españolas.	Ptas.	3		Tres Mazurkas de Salón.	Ptas.	2
Scherzo Fantástico.	»	3		Primer capricho de Concierto.	»	1'50
¡Souviens-toi!	»	2'50		Minueto de la primera Sonata.	»	1
Vals - capricho.	»	1'50		¡Sola en el mundo! célebre polka.	»	2
A los toros (Gran éxito); paso doble militar.	»	1		La Alhambra, poema sinfonía para orquesta.		

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. —* Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.

Ayuntamiento de Madrid

Mosaicos Hidráulicos

— DE —
Orsola, Solá y Compañía

Superiores en BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.

— DESPACHO: —
2, Plaza de la Universidad, 2
— BARCELONA —

TORRE DEL BARO



|| TERRIBLE VENGANZA ||, por FRADERA.



— ¡Anda! ¡Y no contesta! ¡Alto! ¿Quién vive? ¡Má que á la tercera...



— ¡Toma!! Anda otra vez llevando el soplo de un lao pa otro!!!



— ¿Y por qué has disparado, cacho de atún? — Mi teniente, como le hi dao el quién vive tres veces y no ha contestao... — ¿Y cómo quieres que te conteste un ganso? animal! — Por lo mesmo que ha ido á contar que yo y Pocaropa comíamos higos del huerto del señor Gobernador, podía haber respondío al ¡quién vive!

INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio, fino y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

— TERESA GARCIA MARTINEZ —

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

*** Calle de Colón, núm. 8, bajo. *** VALENCIA ***

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 — BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA

REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig,

Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS

JABON DE BABA DE TORO **¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!**

Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

Línea de Buenos Aires. — Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos. — Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — El vapor *Joaquín del Piñero*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

AVISO IMPORTANTE. — La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la Compañía Trasatlántica y los Sres. Ripoll y C.^a — Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica — Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica. — Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.^a — Coruña: D. E. Guarda. — Vigo: E. Antonio López Neira. — Cartagena: Sres. Bosch hermanos. — Valencia: Sres. Dart y C.^a — Málaga: D. Antonio Duarte.

J. FURNELLS
ZINCÓGRAFAS, FOTOGRAFADOS, AUTÓTIPOS, ETC. PARA LA ILUSTRACIÓN DE PERIÓDICOS, OBRAS, REVISTAS, ANUNCIOS, ETC.

Clichés Tipográficos

APLICACIÓN DE TODOS LOS PROCEDIMIENTOS FOTOGRAFICOS A LA IMPRESION TIPOGRAFICA

Talleres: Diputación, 174 y 176, BARCELONA

OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS

de **REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !

ó **POLVOS** del DR. KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 750; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2, Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse **FOLLETOS**

Historia del general

DON JUAN PRIM

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **Un real**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORO AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS



No más Canas AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve á los Cabellos blancos y á la Barba su **COLOR PRIMITIVO**: Rubio, Castaño, Moreno ó Negro. Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO
RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumería LAFONT, Call, 30, BARCELONA.

CENTRO EDITORIAL ARTÍSTICO DE

© MIGUEL SEGUÍ ©

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.
El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.
La hija de la nieve ó Los amores de una loca.
Sor Celeste ó Las mártires del corazón.
La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.
La lucha por la existencia.
El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.
El calvario de la vida.
¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.
Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS

El martirio de un ángel.
Nacer para sufrir. (Historia de una herencia).
Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



JULIO A. ROCA

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA

NACIDO en la provincia de Tucumán en 1842, el bravo general con cuyo retrato se engalanan hoy las columnas del ALBUM SALÓN, ha sido, desde la edad de 29 años, uno de los hombres más notables de su país, y el que más ha influido, durante los tres últimos lustros, en la accidentada política de la República Argentina.

Sobrio de palabras, sus hechos le han granjeado justo renombre de hombre de acción y reflexivo.

En el ilustre personaje de que hablamos se cumple una regla que, no por poco estudiada y hasta el presente no demostrada, deja de fundarse nada menos que en cierta teoría puramente psicológica

El orador, el retórico, no es por lo regular, buen gobernante. Testimonio: la Historia.

¿Por qué?

El arte-ciencia (que de ambas naturalezas participa) de gobernar, requiere que en el hombre de gobierno domine, sobre todas las demás, la facultad de la reflexión.

Si en el actual estado de la técnica, fuera posible excrutar las localizaciones del cerebro, hallaríase que las células productoras de la verbosidad crecen contiguas á las células productoras de la reflexión, y que el desarrollo de aquéllas se opera en perjuicio de éstas y vice-versa.

No es el gobernante argentino paladín de oficio, ni de afición; no es locuaz, ni tuvo jamás atrevimientos literarios; pero, en cambio, revélense en él altas condiciones de mesura, de serenidad, y muy singularmente de hombre de gobierno. Profundo conocedor del complicado mecanismo político-social, puede decirse del General Roca que nació para mandar y ser obedecido.

Cuéntase de él una anécdota que, militarmente considerado, le presenta de cuerpo entero.

Momentos antes de empezar la batalla de Naembé (1871), dijo: «Esta vez me hago matar, ó me hago coronel.»

Por aquellos años, el Paraguay estaba empeñado en desigual y, para su causa, desastrosa lucha contra tres naciones coaligadas: la República Argentina, la del Uruguay y el imperio del Brasil.

De la mentada acción de guerra, salió con vida, y además con los entorchados de coronel, el que siete años más tarde iba á ser Ministro de la Guerra, y poco después, llamado por antonomasia *héroe del desierto*.

Vamos á hacer á renglón seguido algo de historia, para que el curioso lector conozca el origen de este sobrenombre.

Es la *pampa*, una dilatada extensión de terreno inculto, desierto, rodeado de una naturaleza salvaje y, por decirlo así, abrumadora. Limitanla las gigantescas montañas andinas, algunos ríos caudalosos, que surcan el territorio argentino, y determinadas provincias de la Confederación, en cuyo interior, la mano civilizadora del europeo ha hecho ya sentir su acción benéfica.

La *pampa* fué, en todo tiempo, refugio de las tribus aborígenes, de aquellas regiones americanas; del *indio* que, obediente sólo á la voz imperiosa del cacique, vivió siglos y siglos como único habitante del *desierto pámpano*, del cual era dueño absoluto.

Esas hordas nómadas, vivían del azar y la rapiña.

Sus incursiones sembraban estrago y desolación, donde quiera las efectuaban. Los pueblos y las estancias fronterizas de la *pampa*, eran á menudo entrados á saco por los indios que, en sus impetuosas y audaces correrías, acreditaban, por medio de barbaridades de todo bulto y jaez, su condición de bárbaros.

El tirano don Juan Manuel de Rosas había intentado, en 1833, poner coto á semejantes desmanes, mediante la conquista del desierto; pero, sea por desacierto, sea porque solicitaban mayormente su actividad una serie de acontecimientos interiores, de los que iba á surgir su odiosa dictadura; el caso fué, que aquel conato de represión no dió el menor resultado. Y las tribus, continuaron enseñoreándose de la *pampa*, sin freno ni medida; hasta que, durante la presidencia del Doctor don Nicolás Avellaneda, se inició formalmente la obra de conquistar el desierto, y acabar una vez por todas con sus primitivos moradores.

Para ello, el ministro de la Guerra don Adolfo Alsina, puso en práctica un plan, que consistía en ocupar la *pampa* por fajas ó zonas de territorio, á medida que éstas se fuesen poblando.

Este sistema era lento; y la opinión, soliviantada por los peligros que tal lentitud amagaba, reclamó procedimientos más rápidos y eficaces.

Entonces, en 1878, se hizo cargo de aquella cartera ministerial el general don Julio A. Roca; quien, emprendiendo con grandes bríos la obra ya comenzada, y por él reanudada y coronada, de *civilizar* la *pampa*, arrasó toderías, aniquiló tribus enteras y, después de haber llevado las líneas fronterizas al mismo pie de los Andes, y á las orillas del río Negro, pudo con gloria decir, al cabo de un año: «Recoja mi patria, la nación

Argentina, 18 mil leguas de territorio, que antes eran guarida de salvajes, y desde hoy quedan entregadas á la vida del progreso.»

He aquí, el origen del sobrenombre que lleva de *héroe del desierto*.

Terminada en 1880 la administración de Avellaneda, el voto popular eligió presidente de la República á nuestro biografiado; el cual, en la forma prescrita por la Constitución, entró á desempeñar la primera magistratura de su país, en 12 de octubre del propio año.

Este período presidencial se señala por el decidido impulso que la Argentina dió á su fomento. Los que en lo político habían sido contrarios del general Roca, pronto fueron reducidos, por la fuerza de los acontecimientos, que marcaron un jalón en la vida nacional. Y, naturalmente, argentinos, al fin y al cabo, acabaron por agruparse, cual por cariño, cual por patriotismo, y todos con respeto, en derredor del gobernante.

Un año antes, poco más ó menos, de expirar su administración, fué agredido, en la plaza de Mayo, por un fanático que dijo abrigaba la intención de mandar al otro mundo al general. No sería muy sólida la resolución del agresor, cuando por toda *arma* se valió de una piedra, con la cual asestó un golpe al Presidente.

Desde aquel hecho, los periódicos caricaturistas representan á Roca, con una venda en la cabeza; y por su innato maquiavelismo, cualidad *sine qua non* de todo político de verdad, le llaman... ¿cómo lo diremos?... nada; habrá que decirlo tal como suena: le llaman *el Zorro*; tropo que, es bien sabido, sirve para designar la astucia.

Al general Roca sucedió en el mando el Doctor Juárez Celmán, y á éste, el venerable Saenz Peña; quien, al poco tiempo de empuñar el bastón presidencial, declinó el cargo en el Vice-presidente, Doctor Uriburu.

Cumplido el plazo de este último, ha sido reelegido Roca; prueba elocuente é inequívoca de que el país ha menester un hombre que á las relevantes condiciones del actual gobernante, añada los bien cimentados prestigios que le acompañan.

Efectivamente; pocos de sus compatriotas, acaso ninguno, puede actualmente decir como *el héroe del desierto*: «yo me comprometo á encauzar al país por la senda del progreso, que tan vigorosamente tiene emprendido; yo le encauzaré por ella, salvándole del gravísimo peligro que le amenaza».

Este peligro, es la eterna cuestión que la Argentina viene sosteniendo con su vecino, el militarizado Chile, por una bicoca; por unas cuantas leguas de tierra, allá en la frontera de los Andes.

Y así resulta en efecto: apenas subido por segunda vez á la presidencia (12 de octubre del corriente año), el oro ha bajado, los valores bursátiles han subido, la confianza renace y los peligros de complicaciones internacionales, se dan casi por completamente conjurados.

Tal es el hombre á quien, sin ser doctor ni literato, el pueblo argentino mira como garantía de paz y promesa de regeneración.

Su programa de gobierno es claro, conciso y merecedor de la aprobación general.

¿Será fielmente cumplido en lo porvenir?

El porvenir no depende de la voluntad de los hombres, y, por lo tanto, no puede ser vaticinado.

Pero, dentro de lo humano y á juzgar por los antecedentes que abonan las promesas del nuevo gobernante, cabe pensar que el programa del general Roca, llevado á la práctica, será fecundo manantial de bienandanzas, de paz y de prosperidad para la nación cuyos destinos rige, con el aplauso de todos los hombres de buena voluntad.

ANTONIO ASTORT

EL HARÉN TURCO

EN Turquía, no solamente me sentí curioso por admirar las mujeres, sino por visitar un *harén*. Deseábalo inocentemente, y doble era por cierto mi inocencia, pues tan lejos de mi pensamiento estaba la idea de hacer el don Juan, como de mis instrucciones previas el exacto conocimiento de lo que es un harén. La mayoría de las gentes (que para el caso son todas las que no han estado en Turquía), al oír pronunciar la palabra *harén*, relacionándola inconscientemente con la pluralidad de esposas que á cada musulmán consiente su religión, tómanla por sinónima de lugar destinado á la vida voluptuosa.

No sé si era este el concepto que yo me había forjado de un harén, ó si por haber suspendido todo juicio hasta verlo, sólo tenía una idea vaga. Ello es que así que llegamos á Constantinopla, el guía ó dragomán nos llevó (hablo en plural porque íbamos cinco viajeros, los cinco españoles) á ver una mezquita, que nos advirtió ser de las más notables en magnifi-

cencia arquitectónica, por haberla construido, en la primera mitad del siglo xvii, la sultana Valida.

Contra lo que esperábamos, la puerta á que llamó el dragomán, y que se nos franqueó para visitar el edificio, era una puerta enorme, como de cochera, que fué cerrada luego tras nuestras espaldas, mientras abanzábamos por un portalón profundo, cuyo piso enarenado se ofrecía en rampa ascendente hasta un zaguán revestido de azulejos. Preguntamos qué fin tenía la rampa, y se nos dijo, que la de poderse apeaar de su caballo el Sultán y de sus coches las reales esposas, cuando visitaban el edificio, en el piso que les correspondía y que nosotros hubiéramos llamado *principal*; es decir, que la rampa evitaba una escalera. En dicho piso, desde el zaguán pasamos á una ancha galería, y desde ella, á una serie de habitaciones que recorrimos encantados, pues aquella y éstas, ofrecían sus muros totalmente revestidos (del techo al suelo) de azulejos sobre cuyo fondo

blanco destacaba, en lo alto, un friso de simulada arquería, debajo recuadros, con cipreses ó arbustos, y por fin un ligero zócalo; todo ello de color azul y algunos toques verdes, trazados con la soltura y la fantasía propias de los decoradores persas. En algún salón había una chimenea, cuyo hogar, en figura de alto nicho, con volada campana poligonal, estaba revestido de azulejos. Visitamos hasta algún aposento de índole reservada. En ninguno había muebles. Aquel pequeño palacio inhabitado, también dejaba adivinar la vida privada de los sultanes. Y cuál sería nuestro asombro, al oír que aquello era un *harén*. Todavía no nos habíamos dado cuenta de como podía ser aquello un *harén*, cuando, no sé si en la galería ó en una de las estancias, nos fué de pronto franqueado el paso á la tribuna ó galería alta de la Mezquita, que recorrimos examinando los creyentes que abajo se entregaban á sus plegarias, ó se instruían con las explicaciones de algunos profesores. Al salir de allí, dedujimos que el palacio que habíamos visitado no era nido del amor, cosa profana en un santuario, sino un lugar austero de retiro; era en suma la antesala imperial del templo.

Después, al cabo de visitar otras mezquitas, supimos que en todas ellas se denomina *harén* el patio cuadrado contiguo al santuario, rodeado de pórticos y en cuyo centro se halla la fuente para las abluciones; por donde



nos fué fácil comprender que la palabra *harén*, en su acepción más amplia, significa recinto interior, lugar apartado de las miradas profanas. Pero no era el aspecto lexicográfico lo que nos importaba, sino el social; no era el nombre, sino la cosa lo que deseábamos conocer á fondo.

Considerábamos ya un tanto chasqueada nuestra curiosidad, cuando nos sorprendió la grata nueva de que el Sultán había dado permiso para que todos los expedicionarios visitáramos su tesoro y algunos de sus palacios. Para ello, comenzaron por llevarnos al antiguo serrallo (palabra que también interpretamos torcidamente los occidentales, haciéndola sinónima de *harén*, y que en rigor significa palacio), que está al extremo oriental de Stambul, sobre el Bósforo. Nada diré del tesoro, del que salimos deslumbrados, pensando que al revés de los potentados de occidente, que colman de joyas á sus mujeres y ellos apenas si las lucen en su persona, el Sultán posee infinitamente más pedrería y más oro que sus invisibles mujeres, por muchas que tenga y por mucho que guste de adornarlas; contraste raro, que solamente puede explicarse por el distinto papel que las costumbres imponen á la mujer en cada pueblo; pues mientras nosotros exhibimos á nuestras mujeres, los turcos, que se escandalizan de ello, las recatan y guardan, pensando que el mejor adorno de la hembra es la

fidelidad á su varón. Aquel tesoro que en Oriente enriquece fabulosamente á un hombre, y en Occidente embriagaría á las mujeres de ambición más desenfrenada, acabó de desilusionarnos de ver el *harén*, esto es las mujeres que en Turquía pertenecen á la vida privada. Al contrario que por acá, allá se enseñan más fácilmente las riquezas y las vivencias que las mujeres. Resignados á tan extraña costumbre, y esperando sorprender ya que no las mujeres, sus huellas, pasamos al palacio propiamente dicho, conjunto de habitaciones, galerías y kioscos abiertos sobre el Bósforo. También allí estaban los aposentos deshabitados, los muros revestidos de brillantes azulejos, y además había muebles, divanes, los decantados divanes turcos que convidan al muelle reposo, *desideratum* de la vida oriental; y había también, sillas y otros muebles á la europea, desfigurando por completo el aspecto típico, que hubiéramos querido sorprender en tales estancias. En cambio, los kioscos, la terraza, desde la cual, mientras apurábamos tacitas de café hecho á la turca, contemplábamos el espléndido panorama del Bósforo, con los jardines del *Serrallo* á nuestros pies, el mar lleno de embarcaciones (los vaporcillos y barcos, que van y vienen despaciosamente), á la derecha el Cuerno de oro y Gálata, al fondo la costa asiática con Scutari; los varios detalles de la peregrina situación de la ciudad, una parte de ella en cada continente; todo esto excitó nuestra imaginación con la idea del *harén*, dorada cárcel de beldades efímeras, que vieron allí deslizarse sus días, sin dejar recuerdo en la historia, ni recoger en su espíritu más que la impresión plácida de aquel panorama, dilatado, pintoresco, luminoso, con todos los cambiantes del azul del mar y del ópalo de las nubes, con todos los reflejos del ardor del sol y de los varios colores de las innúmeras cúpulas y afilados minaretes. ¡Qué vista incomparable! ¡Qué delicia! Era el panorama del Oriente lo que nos deleitaba, y yo no sé si él ó las extrañas estancias del palacio, eran las que nos inspiraban aquella ilusión. Para conservarla, tratamos de alejar de nuestra mente el recuerdo de los crímenes y violencias horribles que registra la historia, cometidos entre aquellos muros, y dejamos éstos para embarcarnos, á fin de visitar otro palacio en Scutari.

Ni en este otro palacio, ni en otros dos que visitamos después, hallamos tampoco otros vivientes que sus guardianes, ni nada de turco en el estilo arquitectónico y en la decoración, que era *barroca*; de modo que en vano podíamos pedir al arte el oportuno auxilio para evocar las ausentes hijas de Mahoma, cuyo constante recuerdo aguijoneaba nuestra curiosidad. En el tercer palacio, un estanque de caprichosa forma, rodeado de balustradas con escaleras, para que el agua forme cascadas al caer, con surtidores, para que los chorros formen juegos caprichosos, y demasiado extensos para estar bajo techado, al través de patios cubiertos y galerías, dejaba adivinar fútiles pasatiempos de la vida interior.

Pero todavía no nos dábamos por satisfechos.

El último palacio que visitamos, era el más pequeño de todos. Repetíanse en él los salones alhajados á la europea, y los gabinetes, que cualquiera de ellos, podía tomarse por *boudoir* de una parisíen; lo que dejaba sospechar una profunda modificación en los hábitos y costumbres orientales.

Aquello ya daba tedio. Era inútil cansarse. El *harén* no estaba en tales palacios. Acaso hubiera estado la vispera en alguno de ellos, pues ni las mujeres ni su señor tienen residencia fija, con tener tantos y tan magníficos palacios; mas las invisibles beldades, no habían dejado huellas; consigo debieron llevarse los vasos perfumatorios, los cigarrillos olorosos, cuyo aroma se había extinguido, los tableros de ajedrez, las joyas, hasta las alfombrillas para sentarse ó tenderse en el suelo; todo, en suma, cuanto contribuye á endulzarles sus indolentes ocios.

De pronto, nos encontramos en un pasillo estrecho que nos condujo á unas habitaciones, cuatro ó cinco, todas ellas reducidas, como camarines, revestidas por completo, techo, suelo y muros de transparente alabastro, sin más luz que la escasa que suavemente tamizaba, al través de unos vidrios de colores, la celosía que tenían por techumbre. Aquellos aposentos que exhalaban grata frescura y dulce misterio, fueron los únicos que alborotaron nuestra imaginación, hablándonos del amor oriental. En uno de los cuartos había un lecho, un anchísimo diván; en el cuarto contiguo una gran pila de baño y una lujosa fuente-cilla, y en el muro divisorio un hueco, una especie de alhacena con portezuelas de cristal, una en cada habitación, y en aquel hueco sólo se guardaba un jabón. Por el momento no comprendimos lo que veíamos. Luego lo comprendimos todo: aquello era un baño turco, con sus varios aposentos, para mantenerlos á distintas temperaturas.

¿Dónde estaban las decantadas odaliscas, con sus collares y sus prolisos adornos; con sus calzones, las bragas persas, que desde los días de Cambises, no han dejado de usarse en oriente, y que alguna vez sorprendimos entre las transeúntes de Constantinopla, cuando se recogían la falda? ¿Dónde estaba el *harén*? — ¡Ah! para ver esto, no basta ir á Turquía. ¡Hay que hacerse Sultán!

JOSÉ RAMON MELIDA

MALAGUEÑAS

Un lunar me tiene preso,
sin querer la libertad;
y así beso mis cadenas
cuando beso tu lunar.

Por sorprenderte asomada
á los hierros de tu reja...
hasta el lucero del alba
se pasa la noche en vela.

Al escuchar aquel beso,
envidia tuvo la luna;
se ocultó tras una nube
y nos quedamos á oscuras.

Ya ves tú si era bonita,
que hasta el mismo enterrador,
al mirar aquella cara,
tiró la azada y lloró.

Firmamos una escritura
de no olvidarnos jamás,
yo, por gusto de cumplirla,
tú, por gusto de faltar.

Mira tú que es cosa triste
tener que escuchar mis males
poniendo la cara alegre
porque no se burle nadie

Con las perlas de tus ojos
quisiera hacer un rosario
para ponérmelo al cuello
y á todas horas besarlo.

Cuando el amor agoniza,
dale una toma de celos;
y como no se levante
avisa al sepulturero.

Empezó un sabio á querer,
y dejó un tonto de amar,
y empezó el tonto á aprender
y empezó el sabio á olvidar.

No quiero, cuando me muera,
riquezas, cantos ni honores,
sino dos labios que recen
y dos ojos que me lloren.

Cuando supe tu traición,
juré no quererte más;
¡qué ganillas voy sintiendo
de poderte perdonar!

Por cárcel tiene el querer
casa con muchas ventanas;
y cuando le abren alguna
levanta el vuelo y se escapa.



Exposición Robira (Escudallera, 5, 7 y 9)

Enséñeme usted á robar,
bandolero de la sierra,
por ver si robo á una niña
el corazón que me niega.

Cielo y mar me dan consuelo,
desde que tanto te adoro,
¡que iguales reflejos tienen
el mar, el cielo y tus ojos!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

ROMAN RIBERA



EN PAZ Y JUGANDO

Saón Robira (Fernando VII, 59).

DOS MADRES



o ha muchos días presencié el lance que voy á referir, desde mi asiento en el tranvía de vapor que conduce á la inmediata ciudad de Badalona.

Me había instalado en él, diez minutos antes de la salida.

Hallábase á mi lado una señora, acompañada de la nodriza, quien llevaba en brazos un niño paliducho, envuelto en ropajes blancos, de mucho abrigo, con un gorro colosal, desproporcionado, conforme á la moda de la estación, que disminuía aun más aquel rostro descolorido, inmóvil, de ojos sin vida y labios sin sonrisas.

La madre vestía de negro, era de estatura regular, algo delgada, de una delgadez esbelta, y tenía ojos negros, pen-

sativos; de esos ojos grandes y hermosos, cuando se muestran muy abiertos, que aumentan su belleza y su misterio, al entornarse con cierto recogimiento, mirando al suelo; ojos resguardados por el velo de una castidad perenne, imborrable.

Tomó al niño de los brazos de la nodriza.

— ¡Rey mío! — dijo, besándolo con toda la efusión de una madre, cuando teme perder á su hijo, ó sea con la mayor de las efusiones; — tú te pondrás bueno, ¿verdad? ¡Rey mío, tesoro mío!...

Y repetía sus besos con ansiedad, con avidez, como si en cada uno de ellos pudiera devolverle una parte de la salud perdida.

Tenía mucho de impropio y de triste, el llamar rey y tesoro á aquella criatura enfermiza, sin vida, sin hermosura, de carita lánguida, enjuta;... pero esas mismas palabras, dichas por aquella madre, con toda la vehemencia de la ternura, con todo el frenesí del deseo ardiente; tenían también tanto de sublime, de grandioso y adorable!...

Por las ventanillas y por la puerta-vidriera del coche, se presentó á mis ojos, un cuadro en extremo triste y curioso. Allí enfrente, muy cerca, á la puerta de los cuarteles nuevos, repartían el rancho sobrante á los mendigos: lastimoso espectáculo, propio de las grandes ciudades, que ocurre todos los días, en medio de la indiferencia general, y se reduce á breves momentos de animación, durante los cuales, la multitud harapienta rebulle, se agita y empuja, ansiosa de obtener el miserable mendrugito; anhelante por alcanzar la mezquina bazofia, devorada luego con apetito que de envidiable calificaría, si no tuviera por causa el hambre.

Mi compañera de viaje, pronunció algunas palabras que no entendí del todo; pero por ellas deduje que venían de ver al médico, y que éste no la había tranquilizado, ni mucho menos, respecto á la salud del pequeñín. La nodriza lo tomó de nuevo en brazos, y él se quedó mirando á la inquieta muchedumbre, al través de los cristales, lo propio que su madre.

Como sucede siempre, por miedo á quedarse sin ración, todos aquellos seres, llenos de sangre, desarraigados, miserables, cediendo á la violencia de la egoísta necesidad, se estrujaban, dándose codazos, casi derribándose unos á otros, sin miramiento, mostrándose en toda la rudeza del instinto animal, en toda la brutal violencia del hambriento.

El que llega tarde; el que, por ser viejo ó débil, no puede ponerse entre los primeros, se queda sin comer, las más de las veces.

Y eso fué lo que ocurrió entonces á una pobre mujer que, con un niño en brazos, cuantas veces intentó penetrar entre la compacta pared humana, fué rechazada sin compasión por los que, poseídos de la misma necesidad que ella, contaban con más fuerza para defender su puesto ó disputarlo al vecino. Se acabó el rancho... antes que los demandantes, y la pobre mujer, descorazonada, echó á andar con paso lento, sin dirección fija.

Como viera el tranvía y ausente al conductor, subió á la plataforma, y alargó la mano, con el ademán rutinario del pordiosero de oficio, pidiendo para dar de comer á su hijo, que se quedó mirando al niño que sostenía la nodriza.

Los ojitos sin brillo del pequeñín enfermo se animaron repentinamente, con expresión de júbilo, como si hallaran en el hijo de la mendiga un conocido, un camarada antiguo; y sus labios descoloridos dibujaron una contracción que no llegó á sonrisa, y sus manecitas se agitaron, cual si quisieran abrazar.

Su madre había abierto el monedero, para entregar una limosna á la infeliz mendicante; pero al ver los movimientos del niño, detuvo el suyo, obedeciendo á una repentina idea.

El enfermo silabeó precipitadamente:

— ¡Oh!... ¡Ne-ne!... ¡Ne-ne!...

Y se agitó, como si quisiera llegar hasta el desconocido que tanto le llamaba la atención; el cual le contemplaba á su vez fijamente, aunque con manifiesta indiferencia.

La pobre señora debió discurrir de este modo: ¡si esa criatura pudiera comunicar un poco de su robustez á mi hijol... ¡Si yo pudiera comprársela con dinero!

— ¿Quieres dar un beso á ese niño? ¡Sí, quieres?... Dale un beso, dáselo...

La mendiga, por su parte, quiso que su hijo hiciera lo propio; pero éste no comprendió, ni se movió. No sabía dar besos.

— ¡Tontol!... — le dijo contrariada, por no poder complacer á la señora. Tomó luego un billete muy dobladito que ésta le daba, y deshaciéndose en palabras de agradecimiento, y obedeciendo al conductor, que la advertía que íbamos á marchar, bajó del coche; el cual echó á andar medio minuto después.

La buena señora estaba bajo muy otra impresión, que cuando se despidiera del médico. Con cara alegre y risueña viveza, exclamaba, acariciando al chiquitín:

— ¿Has visto un nene? ¡Sí!... ¿Y tú te has alegrado mucho de verle?... ¡Sí! ¡Sí!... ¡Ríel!... ¡Ríete, hermosol!... ¡Ríete!...

Y el niño se rió esta vez, de verdad, con alborozo, con júbilo, casi ruidosamente.

Y yo advertí en aquella mujer un estremecimiento de gozo, una emoción tiernísima que la rebosaba por los labios, ocupados en besar con efusión al chiquitín. Y al punto me expliqué la causa. Ella creyó entrever en la sonrisa de su hijo una promesa, una recompensa de Dios; consideróla como un presagio feliz. Su hijo reía; luego... se ahuyentaba el mal,





principiaba
la curación;
y sus ojos, su
rostro, su
voz, su cuerpo todo se
estremeció, desde lo
más íntimo, desde el
corazón mismo; y murmuró entre
sonoros y ardientes besos:

—¡Oh!... ¡Rey mío!... ¡Amor mío, amor mío!...

Dios no quiso, seguramente, que el presentimiento de aquella madre resultara fallido; que su optimista intuición se convirtiera en desengaño. Si la otra madre había hallado con qué atender al sustento de su hijo, ¿por qué ésta no había de obtener la salud del suyo? Su ternura era tan grande, su deseo tan ardiente! ¿Cómo serían, por tanto, sus oraciones?

Y, sin darme cuenta, también yo me puse contento pensando que en el cielo no podrían desecharlas.



FERNANDO GIRBAL JAUME

LOS HASTIADOS

Si el hastío es sólo un estado transitorio del alma, siquiera implique, cuando menos, que la dicha no es el objetivo de la vida, no acierto á descubrir el motivo que tengan algunos pseudo-filósofos para elevar aquella anormalidad á sistema, con el nombre de pesimismo.

Y como juzgo además que de haber quien hiciese entre los humanos el papel de equitativo distribuidor de dichas é infortunios, habría de tomar en cuenta los méritos de cada uno, deduzco que los necios (los cuales no tienen derecho á la dicha) hacen muy mal papel lamentándose del hastío.

Concibo el hastío ó el *spleen* de Byron, en quien, por desgracia, se unieron un gran talento, una fantasía rica y pasiones relajadas. El lord vate debía forzosamente ser víctima de la desesperación, que en su alma se tradujo en oleadas de lirismo, y en tético delirio; porque en su sér libraban ruda batalla el pensamiento que hacía vislumbrar áureas cumbres, y las pasiones, que á menudo le lanzaban al abismo.

Pero, que nos venga *Don Nadie* con que «esta vida es un infierno», con que no se le comprende, ó con que sus nobilísimos ideales tienen sólo por desenlace las más patéticas decepciones; paréceme cosa tan ridícula, que no puede uno menos de exclamar con indignación: «¡Cierre el pico, señor del lloriqueo, que usted no entiende de esas cosas, ni merece entenderlas!»

Muchos hay que en estrofas mal zurcidas, pero pretensiosas, tratan de hacer creer que son víctimas de la universal injusticia de *este lugar de expiación*, y procuran imitar á Espronceda en su delirio; con malísima suerte, por supuesto.

En estos casos, no falta una dama que pague los vidrios rotos; es decir, que haga las veces de victimaria obligada con el falsificado Jeremías. Si la vecinita de enfrente cerró el balcón (porque hacía frío); si la niña tal, que pasaba por la calle junto á él, no le saludó (porque iba distraída pensando en una falda de percal planchó); y si la señorita cual, no correspondió á sus miradas con una sonrisita (porque tenía dolor de muelas en ese instante), se tienen ya las poderosas razones que han influido en el poeta, para que se declare, á la faz del mundo, el más infortunado de los mortales, y lo haga saber, quieras que no, en versos pedestres, al pobre público, á quien maldita la gracia que le hace el saber que todos los versificadores, más ó menos malos, son más ó menos desgraciados en amores. Y lo peor del caso es que el asendereado discípulo de Byron, no se contenta con eso solamente. Coronado ya, con tales primores, el alcázar lúgubre de su hastío, amenaza á sus paisanos, sino le compadecen, con hacerse schopenhaueriano ó cosa por el estilo...

Estos son los hastiados en verso, que abundan como la langosta, en los campos donde florece la bella literatura. Hay otros, los que se lamentan de la prosa de la vida, en prosa pésima: éstos son más ridículos y fastidiosos, si cabe; porque se exhiben con más pretensiones y no tienen, como sus colegas rimadores, la ventaja de poder decir que sus estafalarías lamentaciones son licencias poéticas.

Eso de vivir hastiado, ó, por lo menos manifestarlo sin ton ni son, es necedad supina que implica una de estas tres cosas: que el llorón es un holgazán; un estúpido, que no puede distraerse con el trabajo de su propio pensamiento; ó un necio de solemnidad, que todo lo encuentra en manifiesto desequilibrio con sus aspiraciones descabelladas.

Es perdonable el hastío en ciertos hombres de talento superior, siquiera como un fenómeno psíquico; pero de ningún modo excusable en las nulidades que por ahí pululan, con ínfulas de víctimas de la sociedad; sociedad que nada puede hacer por ellos, si ha de ejercer caridad, á no ser mostrándoles las puertas del manicomio.

No deja de ser conveniente, y hasta edificante, el exhibir las injusticias, las miserias y los vicios humanos, como medio de facilitar análisis sociológicos que, aleccionando á las clases directoras, las induzcan á buscar remedios para los males de la humanidad. Pero esto no será con el prurito de hacer gala de las desgracias propias, que no son á menudo otra cosa que tropiezos del momento: y prueba de ello es, que el que así peca contra el sosiego público, en el propio pecado lleva la penitencia; porque diariamente vemos, que quien á cada instante se exhibe lloriqueando como un *bebé*, sólo desprecio é indiferencia obtiene del público.

Al cabo y al fin, nos sobra con los obstáculos que tenemos que vencer en la lucha por la vida, sin que á cualquier descontentadizo se le ocurra ennegrecer el horizonte de nuestros ideales, con sus gemidos ó sus imprecaciones, para que sepamos que la vida no es un paraíso, ni mucho menos; pero que tampoco es un infierno, sino un teatro de luchas, en donde, los que tienen más energía y fuerza de voluntad, la pasan más ó menos bien; jamás de suerte que hayan de llorar á cada momento y en cualquier ocasión.

Ese malhadado propósito de entristecer á los otros sin motivo fundado, á más de ser atentatorio contra la tranquilidad pública, y por ende punible, implica un exceso de egoísmo malsano, que sólo para producir inútiles desazones se manifiesta. Está bien, ó por lo menos es excusable, que unas cuantas veces se traduzca en sentimentales estrofas, la melancolía de ciertos estados del alma; con lo cual se consigue hacer vibrar simpáticamente los nervios de otros seres que están en análogas condiciones; pero esto con sobriedad y no como ridícula monomanía. Hacer del *yo*, y de un *yo* siempre enfurruñado y tético, el objetivo único de las lucubraciones, y tratar de herir á trochemoche en el alma las fibras del dolor, es una cursilería literaria, por no decir una falta de consideración á los demás miembros de la sociedad, con quienes, en todo caso, estamos obligados á ser corteses; y la cortesía, sino se expresa con donaires y buen humor, por lo menos se reviste de cierta circunspección, que ninguna relación tiene con el perpetuo lamento de los llorones en prosa ó en verso.

De modo, pues, que es menester *llorar por la prensa* lo menos posible; porque la pobre humanidad bastante tiene con sus propios apuros y contrariedades, para ir á remacharle el clavo con el aditamento de más desventuras, ciertas ó supuestas.

Conque, dejad el hastío ó el sombrío tedio para los grandes decepcionados, para los Musset, los Leopardi, los Espronceda, los Heine;... ¡no profanéis el dolor sublime con vuestras insulsezas, parodias de Byron, fantoches de la misantropía!...

ANTONIO S. BRICEÑO



PAISAJE DEL NATURAL (ITALIA).

CUENTO

Cuentan que, en Grecia, un orador famoso, con su elocuencia y portentoso ingenio, á todos asombraba y conmovía, maravillando al pueblo.

Oyóle cierto día un ciudadano desarrollar sus planes de gobierno con viril entereza y desenfado, y dijo desde luego:

— Eso no sabe hacerlo quien lo dice, aunque lo dice bien y con talento. En cambio yo, sin genio y sin palabra, yo... no lo sé decir, pero sé hacerlo.

VÍCTOR BALAGUER

LOS INÚTILES

Es hermoso, es hermoso nuestro empeño, nuestra empresa es gigante: hasta ver realizado nuestro sueño, marchemos, compañeros, adelante.

Los que tenemos fe, los que pensamos que el trabajo es fecundo, los que la savia nueva atesoramos que ha de dar nueva juventud al mundo;

Marchemos todos á escalar la cumbre en donde brillar veo el fuego santo de creadora lumbre que arrebató á los dioses Prometeo.

Marchemos, entre el vulgo indiferente que se mueve al acaso, que se deja llevar por la corriente, que ni nos sigue ni nos abre paso.

Ese vulgo, juguete del destino, que el progreso deshecha, que quisiera beber el nuevo vino de sus abuelos en la copa estrecha;

Nuestro enemigo eterno: la gran masa que, con deseos fútiles, sin odio y sin amor la vida pasa; el largo batallón de los inútiles.

Ese montón de obesos ciudadanos; esa tranquila gente

que nos dice, frotándose las manos, que todo marcha inmejorablemente.

Nuestro eterno enemigo: el que ahora vemos flotando sin destino; el que tal vez mañana arrollaremos, al encontrarlo en medio del camino.

Trabajemos nosotros: no en la calma el progreso se trunque;... ¡fermenten las ideas en el alma, caiga el martillo sobre el rojo yunque!

¡Renovemos el mundo decadente, y nuestra santa huella bendecirá la venidera gente, cuando podamos revivir en ella!

Mientras que los inútiles, los hombres que estériles han sido, verán hundirse sus oscuros nombres en el mar sin orillas del olvido.

Las triunfadoras armas no empuñaron el día de la guerra; con el sudor la tierra no ablandaron..., y han de dormir muy mal bajo la tierra.

LUIS DE ZULUETA

LA ALHAMBRA

FANTASIA (1)

Al gran artista de la palabra, Emilio Castelar.

ALLÁ en el cielo de las huríes que prometiera el Profeta, como galardón de su fanatismo, á la raza musulmana, surge en plácida noche estival, repercutiendo como el flébil eco del dolorido viento, de rama en rama y de flor en flor, una voz plañidera que modula triste quejido, y que, al modularlo, perfuma el ambiente de ambrosía.

Es la voz de Lindaraxa.

Perezosamente recostada en el *alhamí* que tachonan estrellas y luceros, está la hermosa mora que, desde su mirador de la Alhambra, rigiera luengos siglos atrás los destinos de Granada. Envuelve las arrogantes líneas de su cuerpo, á que la orgía de la curva presta exuberancia, modelando la rosada carne, en blanquísimo túnico transparente; en sus negros cabellos se entretejen cientos de perlas, cual leves copos de nieve que cayeran sobre paño funerario; sus ojos, en que la luz es incandescente, aquellos ojos, espejo del sultán Mohamed V, que acostumbraban á pasear sus ocios, tras la opaca celosía de cedro, sobre aquel panorama del que dicen las inscripciones: «No soy sola, pues desde aquí se contempla un jardín admirable; no se ha visto jamás otro semejante» aparecen ahora velados por gotas de amargo lloro que, rodando por los surcos violáceos de perennes ojerías, más los ocultan.

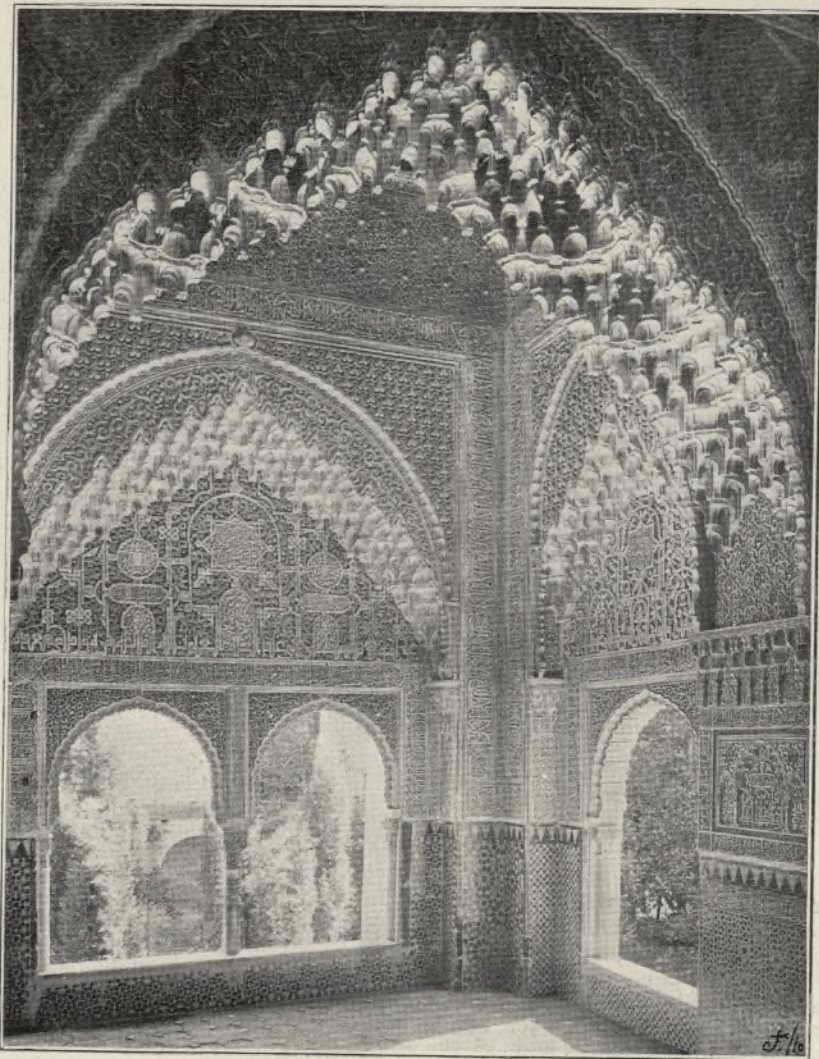
¿Por qué llora la reina del harén?

Es que mirando en el azogado cristal de la luna que tiene á sus plantas, el palacio de sus amores, por cuyas fuentes corren aguas cristalinas, en cuyos jardines crecen arrayanes y rosas de Alejandría, bajo cuyas techumbres escúchanse aún sonidos de guzlas, ecos de zamboras, chasquidos de besos, como notas que aletean en el espacio; contemplando, digo, la visión que es su eterno goce, vislumbró inmensa nube de denso humo, más pesada que la que le sirve de escabel, que cubriendo la torre de Comareh envolvía flameante bandera, que poco después ondeaba señora de ella.

El plañidero lamento de Lindaraxa repercutió en los ámbitos del edén, llegando hasta el trono del poderoso Alah.

Al punto, enjaezanse los árabes corceles; préndense al hombro los ondulantes jaiques, descuelganse espingardas y gumías, cíñense los simbólicos tur-

(1) Inspiró al autor esta fantasía el incendio ocurrido en la Alhambra en Septiembre del 90.



MIRADOR DE LINDARAXA.

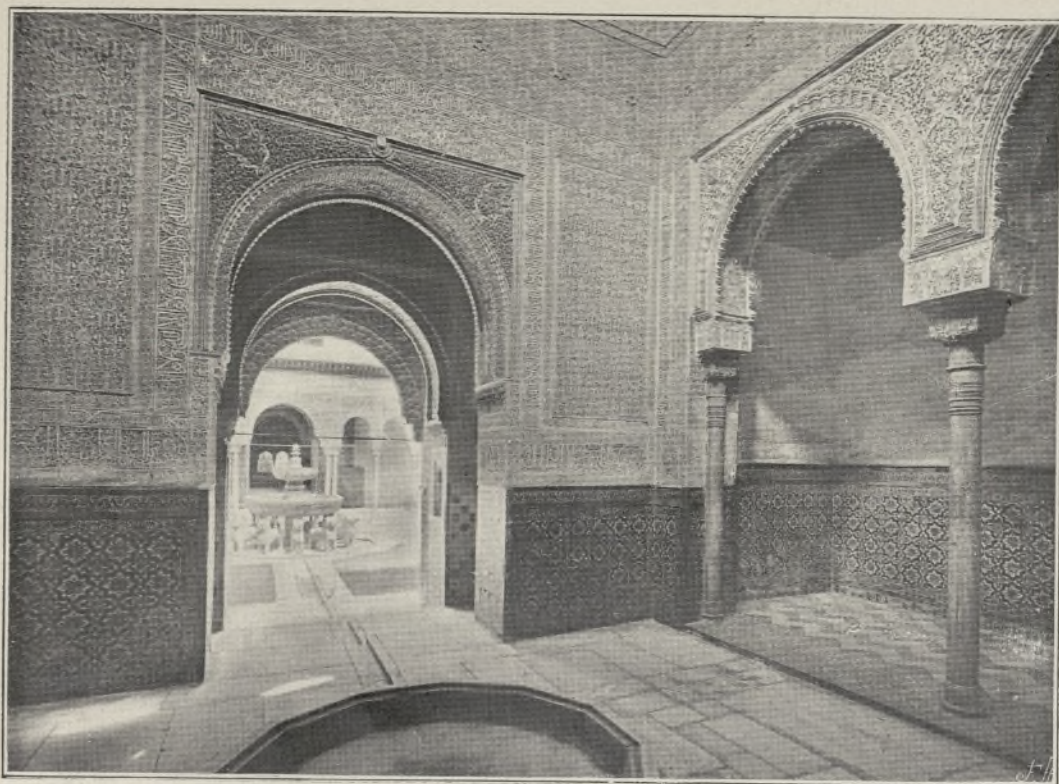
rindiéndole homenaje, corre en tropel por las cuestas, despertando en sus nidos á los pájaros dormidos en el bosque, que se deslumbran con el resplandor del fuego.

¡El palacio de la Alhambra está ardiendo! Con él se quemarán la página más

bella del arte islamita y la más hermosa de la tradición hispano-arábiga. Con cada columna que se parta, cada arco que se doble, cada ajimez que se destruya, cada techumbre que se hunda, cada almocábar que se desprenda y cada alicatado que se borre; se hundan, barren, rompen, pierden, doblan, destruyen y desaparecen en tropel confuso y en hacinamiento triste, leyendas y tradiciones, recuerdos, esperanzas, guerreras proezas, traidoras emboscadas, bandas de torneo, guantes de combate, cuantas amorosas, cántigas de trovadores y suspiros de la derrota que desde Alhama hasta Boabdil forman la historia brillante del antes suntuoso alcázar granadino, hoy trofeo glorioso del vencedor y panteón solitario del vencido.



PATIO DE LOS ARRAYANES.



SALA DE LOS ABENCERRAJES.

Pero no se destruirá la Alhambra, que si «*Sólo Alah es grande, sólo Alah es vencedor*».

Por eso, dibujándose apenas en la gasa del celaje por líneas y contornos, adivínase larga procesión que, partiendo del Cerro llamado *Suspiro del Moro*, parece dirigirse, pisando triunfal carrera de estrellas, á las alturas de la Alhambra. A la luz de la luna véñese los jaiques ondular al viento que levantan los voladores corceles; á la grupa, conducidas por los moros, van las huríes, y el Profeta, en triunfal carro humano de creyentes y de esclavos, cierra el grandioso cortejo, seguido á pie por Lindaraxa, que oculta por completo su espléndida belleza.

Al tiempo que se acercan á la Alhambra se disipa el humo y amortigua el fuego; combatidos y aislados por aquel ejército celeste venido á salvar de la destrucción la real morada de la dinastía nazarita.

La luna apaga sus fulgores, y en la obscuridad nocturna se desvanece la visión, volviendo el palacio á su anterior reposo; pero, desde esa noche, hay en la Alhambra un habitante más, — el espíritu de Lindaraxa — que flota de continuo bajo sus arcos, se posa en sus *alhamies* y se asoma á sus ajimeces, velando por su adorada Alhambra, y contemplando desde ella á la oriental Granada, la que se cubre con el manto de terciopelo verde que la teje su vega; se ciñe las guirnalda de sus floridos *cármenes*; se baña en las aguas transparentes del Darro; se envuelve con velo de nubes; se viste con copos de nieve; y ostenta turbante de oro y plateada diadema.

EL MARQUÉS DE PREMIOREAL

Fotografías de Garzon (Granada).

POR ESOS MUNDOS

Ojos que no ven, corazón que no quiebra, dice el pueblo. Por perder de vista algunos días el negro cuadro de la repatriación, y por no oír leer las lástimas y alegrías que la gente repite y la prensa recoge, muy atenuadas, me dirigí á Portugal, que tiene ahora la ventaja y la fortuna de no ser España, aunque la cuestión colonial también le escuece, y las negradas de Mozambique, están avisando con graznidos de cuervo, que ha sonado la hora de la liquidación colonial, para las naciones latinas...

Encontré á Lisboa hirviendo en fiestas. Desde este punto de vista, aun podía creermme en Madrid ó en San Sebastián. La única diferencia consiste, en que Lisboa alega pretexto para sus regocijos, mientras los españoles, más radicales, ni necesitamos pretextos, ni hacemos caso de impedimentos dirimentes. Tratábase en las fiestas de Lisboa, de obsequiar y agasajar á los miembros del quinto Congreso Internacional de la prensa, reunido allí este año y que se reunirá en Roma el próximo. Y estaban los portugueses con su Congreso, como niño con zapatos nuevos, porque, — dicho sea en su elogio y sin pizca de ironía, — los portugueses creen en el progreso á puño cerrado, y no sienten por la cultura y la vida moderna, el desvío casi árabe, fatalista, que demostramos nosotros.

Clara señal de éste desvío á que aludo, es la lista de los adheridos al Congreso. Mientras las demás naciones envían nutrido contingente, España figura con un solo periodista, como el Transvaal. Verdad que también es España la única nación donde las Compañías ferroviarias se negaron á conceder las ventajas y facilidades al Congreso, otorgadas en otros países.

Literariamente considerado, el Congreso no tuvo importancia. Escritores eminentes extranjeros había allí pocos, y con honrosas excepciones, en el mismo Portugal, noté que los grandes nombres no figuraban en la lista. Pero este reparo, no dice nada en contra de la utilidad de los Congresos. Aunque sólo fuesen un medio fácil y cómodo de que viaje alguna gente ilustrada, siempre reportarían ventajas incalculables. Son más, mucho más; en ellos se debaten cuestiones que afectan á la prensa, y se forman relaciones y se estrechan lazos que ponen en contacto á las diversas nacionalidades. Traen una ráfaga de aire exterior... y ese aire regenera.

No por eso he de ocultar que el lápiz del caricaturista, y la pluma del satírico, encontrarían donde explayarse con algunos tipos de congresistas, particularmente los procedentes del Norte. La indumentaria era caprichosa, y el pelo y barbas no habían conocido la previa censura barberil. Una señorita congresista, haciéndose superior á la frivolidad de su sexo, concurrió á la recepción de Palacio, llevando de tocado una boina de lana. Habrá quien aplauda esta negligente sencillez, y yo la aplaudiría, por lo mucho que simplifica la cuestión de maletas y equipajes, si el descuido en la ropa no engendrara fatalmente cierta tendencia á la familiaridad en las naciones. Ya que hoy se estila decirle á España las verdades, no veo porque se la hemos de callar á la raza sajona: los ingleses y los alemanes del Congreso no sabían aceptar un obsequio sin excesivo alborozo, y todo

lo arreglaban voceando y á fuerza de *hurra*s. No sé si serán en su tierra gente de buen tono, pero allí parecían demasiado expresivos.

Noté esto en la fiesta de Cascaes, viéndoles honrar más el *buffet* que el espectáculo realmente indescriptible de la iluminación. Convidaba la noche, tibia y serena como noche tropical; convidaba la luna, argentando la extensión de la bahía; convidaban aquellas islas de fuego, aquellas montañas de luz, á solazarse en tan encantadora perspectiva, que acaso ya nunca volveríamos á gozar muchos de los que allí estábamos; y yo veía con asombro á los sajones congresistas, vueltos de espalda á la iluminación, tragando y bebiendo y refocilándose, y soltando á chorros los vítores; y esto por espacio de dos horas...

Cascaes forma una ensenada, una concha en extremo pintoresca. Es el Aranjuez, el Biarritz de Portugal. La salpican elegantes palacetes, residencias aristocráticas; la real familia veranea allí. Ahora bien, palacios, quintas, hoteles, casas, todo resplandecía, todo aparecía diseñado con líneas y trazos de lumbré. Había edificios en que la iluminación era roja ó verde, y se destacaban como inmensos fanales de vidrio, sobre un fondo de oro. La montañuela de Estoril remedaba un hormiguero de luminarias, una nebulosa; las preciosidades de la orilla del Tajo, un cordón ígneo; en la bahía, innumerables botecillos y falúas giraban como luciolas, descubriendo, á su paso, el radioso esmalte verde de las aguas; y el crucero de guerra *Adamaster*, señalaba sobre el azul sombrío de la bóveda del cielo, la aparición de un navío refulgente, — de luz el casco, de luz los palos, de luz las chimeneas y el cordaje. — Y sin interrupción, los cohetes, los árboles de mil colores, se lanzaban del seno apacible de las ondas; un instante, surgía de la relativa obscuridad el paisaje, la vasta extensión del río, la escena mágica de aquella noche resplandeciente, que recordaba no sé en qué, tal vez en vagas reminiscencias, las decoraciones de *la africana* y los deslumbramientos de la India... Entre tanto, los austriacos y los ingleses y los holandeses brindaban, sin dignarse mirar; — ¡bah! ¡cohetes, lucecitas!

Es preciso reconocerlo: los latinos son todavía algo más sensibles á lo que lisonjea la imaginación, á lo que halaga espiritualmente los sentidos. Los franceses é italianos extasiábanse; de los españoles nada digo... ¡si casi no los había!

Lo que vimos al día siguiente de la iluminación de Cascaes, tendríamos que contar, porque fué una *tourada* ó corrida de toros... y claro es, que convino que faltasen españoles, necesariamente doctos en tauromaquia. Estamos, sin embargo, tan recelosos de nosotros mismos, que yo dudo ya si debe aplaudirse el estilo portugués, aun en los toros, — por el mérito de ser distinto del español, y desde luego más dulce y humanitario. La lucha á brazo partido de los pegadores con el cornúpeto, y la graciosa suerte de las *farpas*, no carecen de interés. Gusta ver cómo, á fuerza de agilidad, de maestría en revolver, de viveza, de arte, salva el *farpeador* su hermosa y dócil jaca, sin que el toro llegue ni á rozar la piel del caballo, con la extremidad de sus embolados pitones. Burlar y sujetar al toro, y ni matarlo, ni dejarse matar por él, — he aquí la fórmula del toreo lusitano.

EMILIA PARDO BAZAN



Introduccion.

ARTURO ALARCON.

Piano.

f *p* *pp* *f*

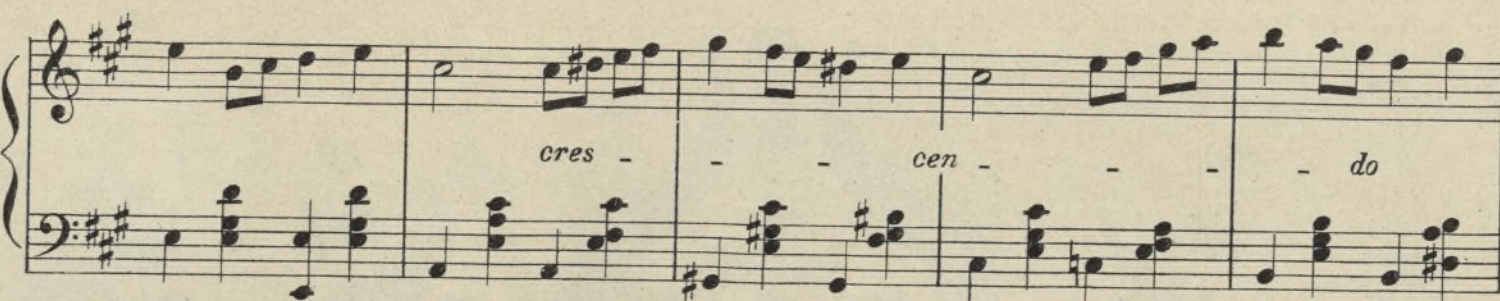
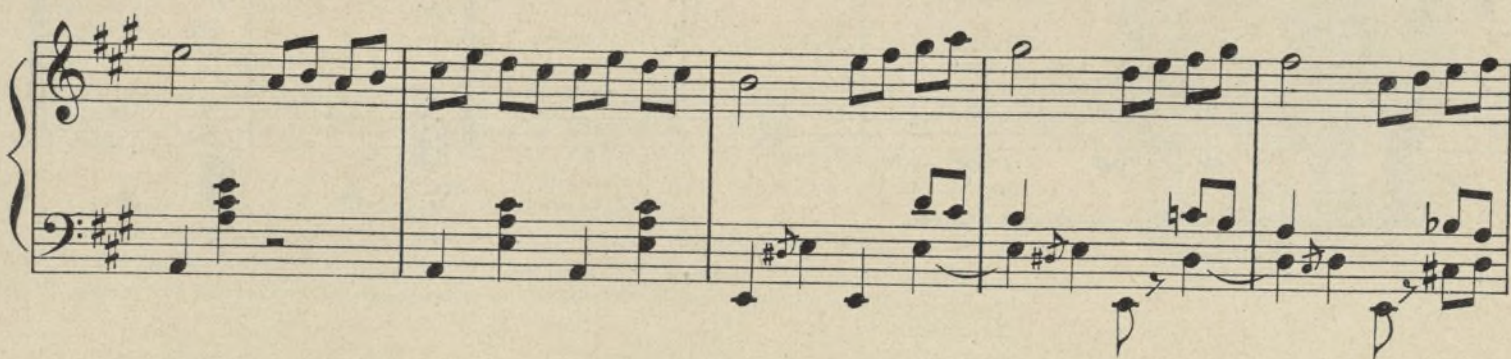
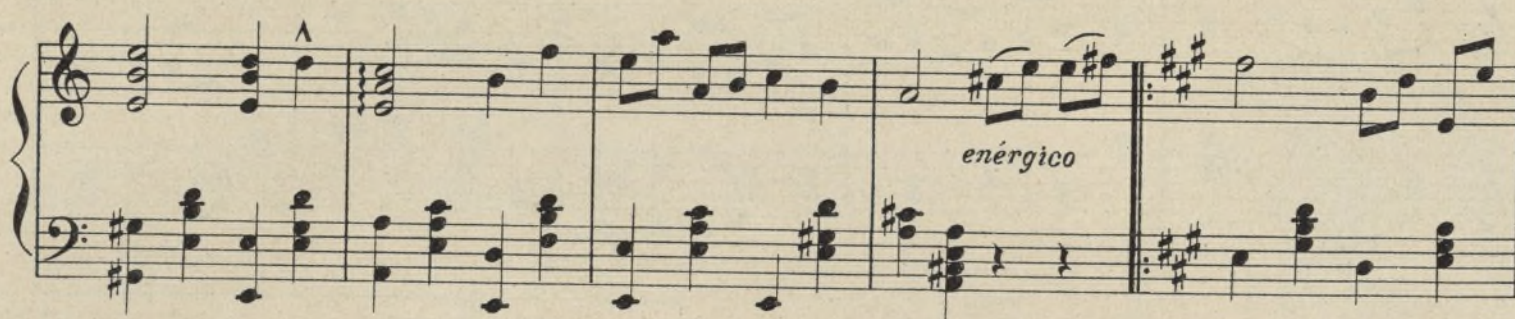
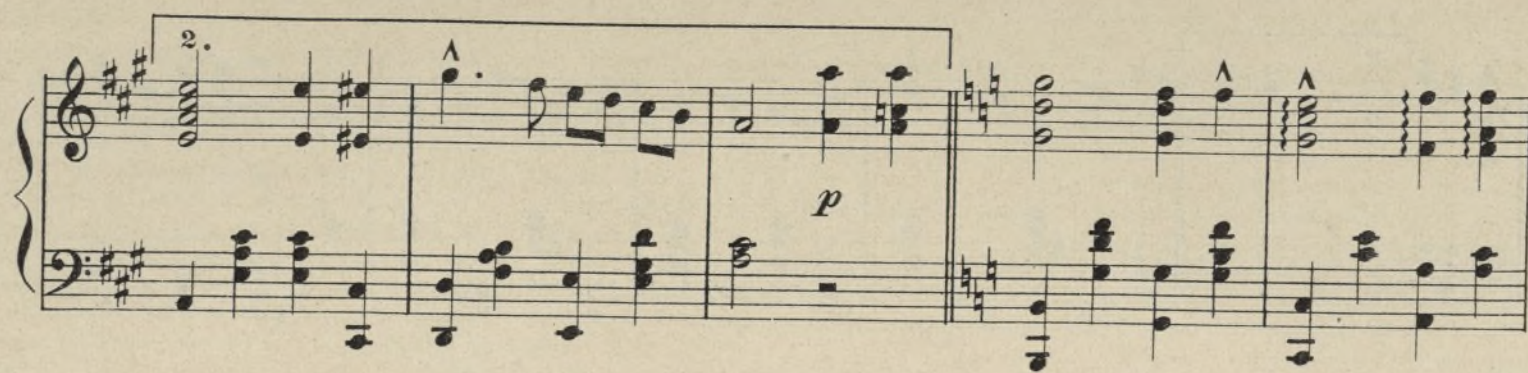
p armonioso *riten:*

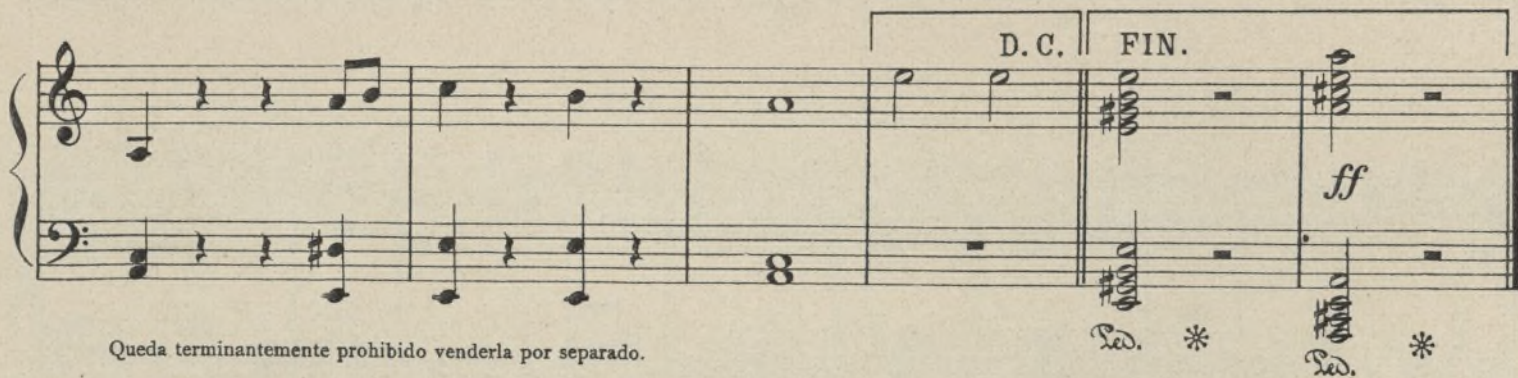
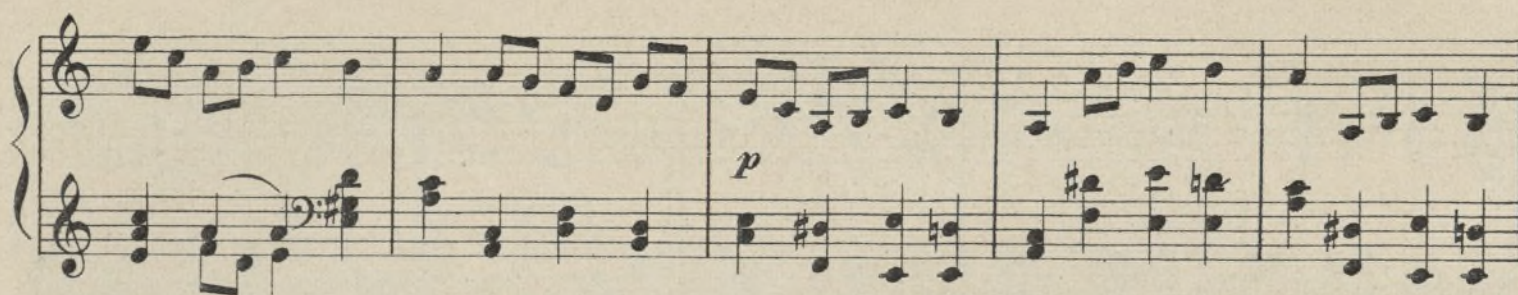
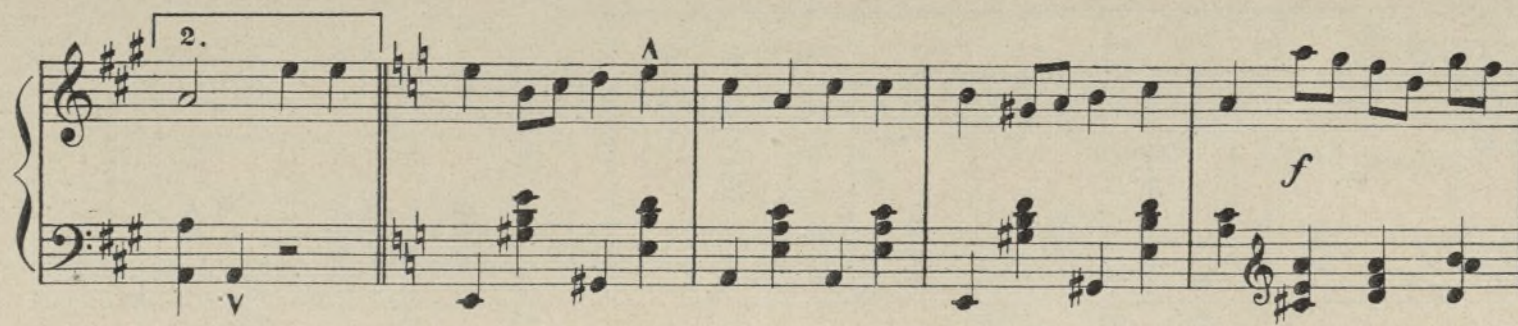
C a tempo

menos primer tiempo

1. 2. *p con gracia.*

1. *f*





Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



EL IDEAL

(Continuación).

Tomó posesión de uno de los palcos del proscenio, desde donde podía ver sin ser visto, cuanto sucediera. Empezó la reunión una hora más tarde de la anunciada en los carteles, porque los ciudadanos suelen tomar con bastante calma las cosas que afectan al bien público. Poco á poco, fueron llegando los iniciadores de la reunión y el público que, con ser numerosísimo, componíanlo personas de buen pelaje y honrados obreros. Federico tomó asiento en el estrado, con los de la comisión organizadora, entre dos señores de barba blanca y aspecto venerable, que constituían la seguridad de que aquel acto iba á ser serio y formal. Omitiré los detalles de la reunión. Todos sabréis, seguramente, en lo que consiste un *meeting* político. Algunos oradores hicieron uso de la palabra, y pronunciaron discursos fogosos, entusiastas, enérgicos, con ribetes de elocuencia; discursos que merecieron la aprobación unánime del público. Al llegar el turno á Federico, don Manuel experimentó sensaciones que nunca había experimentado: algo así entre temor y alegría. Estaba nervioso y pálido, y miraba al público con extraordinaria fijeza, cual si quisiera decir: « Es mi hijo; es un niño; tratadle con benevolencia ».

Sus temores se disiparon en cuanto el joven comenzó á hablar. ¡Qué discurso, Dios santo! Los párrafos, bien acabados, breves, contundentes; los conceptos claros, razonables, lógicos; el timbre de la voz, sonoro y agradable, de modulación suave á la par que firme. ¡Qué sorpresa más completa para don Manuel! ¡Cuándo hubiera imaginado que su *chico* poseyera caudal tan grande de conocimientos!...

Y cuidado que la peroración de Federico fué una protesta fulminante contra todo lo existente. Nada respetó, nadie se escapó sin su censura correspondiente. Señalaba el mal en su origen, en su causa, y lanzaba anatemas furibundos contra los autores de tanto daño. La iglesia, los poderes públicos, las tradiciones, todo quedó triturado ante su palabra potente... ¿Y la mímica del novel orador? Don Manuel, en un arranque de erudición, le comparó con Cicerón en el senado romano,

No diré cuanto gozó don Manuel, teniendo á Federico á su lado.

— Confieso que te juzgué mal, hijo. Sigue por ese camino; tienes talento, y los hombres como tú, se deben á la patria.

Sonrió engreído el joven. Ningún elogio fué más grato á sus oídos que el de su padre.

Viendo la excelente disposición del anciano, quiso Federico aprovechar aquella coyuntura, para hablarle de algo más importante, que hasta entonces había callado.

Después de la comida, mientras saboreaban sendas tazas de aromático café, Federico, fuese derecho al bulto.

— Padre, — dijo adoptando el tono de seriedad que exigían las circunstancias, — quiero hablarle de un asunto que puede influir en mi dicha.

— Dí lo que quieras, hijo; si de mi depende, por mucho que sea lo que pidas, lo tienes concedido de antemano.

— Gracias, padre; no esperaba menos de la bondad de usted.

— Veamos que es ello.

— Quiero casarme.

Don Manuel saltó de su asiento, como si de improviso le hubiesen sometido á la acción de una corriente eléctrica de gran potencia. Fingiendo haber entendido mal, preguntó:

— ¿Qué dices?

— Que quiero casarme.

Tartamudeó el anciano:

— Pero, bien... explícate... Para casarse... se necesita...

— Tener novia, ¿no es esto?

— Como que es lo principal.

— Pues la tengo... Una muchacha guapa, de buena familia; me quiere con toda su alma, y yo le correspondo del mismo modo.

Don Manuel miró perplejo á su hijo, y se rascó la barba con tanta fuerza, que en poco más se araña.

— ¡Casarte! ¿Quieres casarte? — repitió por decir algo, mientras buscaba palabras para aconsejar cuerda-mente.

— Hace ya algún tiempo, que tenía intención de hablar á usted, á cerca del particular. Aprovecho esta circunstancia para hacerlo, puesto que nos podemos entender de buena manera... Lo he pensado con mucho detenimiento. Esa joven me conviene...

— ¡Te conviene! ¿Sabes tú que te conviene?

— Me conviene

porque la quiero, porque ella es mi vida, mi ilusión, mi encanto...

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó el padre, juntando las manos en ademán suplicante. — ¡Qué mal te veo!...

— ¿Por qué?... Dentro de algunos meses, acabaré la carrera. Saldré de la Universidad, hecho un señor letrado. Me parece, que bien puedo pensar en casarme.

— Pero, ¿y la política? ¿y tus ideales?

— Es perfectamente compatible una cosa con la otra.

Largo rato duró la conversación entre padre é hijo. Don Manuel quiso oponer algunos inconvenientes á la resolución del joven; pero supo Federico manejarse con tal habilidad, que el anciano plegó velas, y se declaró vencido.

— Bueno, di ¿qué deseas?

— Que pida usted la mano de Enriqueta.

— ¿Tan de prisa va eso?

— Es que no quiero hacer el tonto, como colegial en la primera volada. Puesto que son honradas mis intenciones, no veo inconveniente en que hable usted con el padre de Enriqueta, y se concierte nuestro matrimonio, para cuando obtenga el título de licenciado.

Agotados todos los argumentos de don Manuel, para ganar tiempo, vióse obligado á decir:

— El caso es... que he venido sin más ropa que la puesta, y para una visita de esa índole, se necesita otra.

— No es inconveniente. Escribiremos á casa, y pasado mañana tendrá usted aquí su traje de levita. Yo mismo escribiré...



IV

Dos días tardó en llegar del pueblo la ropa de don Manuel. Durante este tiempo, Federico refirió á su padre la historia de sus amores con Enriqueta, y dió cuantos pormenores fueron necesarios, respecto á la familia de su amada. Aquella historia, nada tenía de extraordinario. Encontráronse Enriqueta y Federico, en una tertulia. El quedó encantado de la hermosura, de la discreción, del talento de la joven; ella, admiró la apostura y la gentileza de Federico, que entonces, podía pasar por elegante, porque aún no estaba enfrascado de lleno en la política, y conservaba la ropa en buen estado. Hablaron los dos. La primera conversación tuvo poco interés; se redujo solamente á una porción de galanterías, que Federico supo decir con exquisita delicadeza; y á algunas frases de Enriqueta, dando gracias por aquellas lisonjas. Después volvieron á verse en la misma tertulia, en el paseo, en los teatros. Ella iba siempre acompañada de su mamá, mujer presumida, aunque bastante ajada, con pujos aristocráticos, y que á pesar de sus esfuerzos por disimular el origen plebeyo de su cuna, revelaba á las primeras de cambio la procedencia. Su marido, el padre de Enriqueta, don Martín de la Cruz, había sido, en sus buenos tiempos, comerciante de ropas. Empezó siendo mancebo, ascendió á los ocho años á dependiente, y á los quince, aprovechando la bancarrota de la casa de sus principales, se estableció por su cuenta, edificando el nuevo edificio comercial, sobre los escombros del arruinado. El viento de la fortuna, hinchó las velas de su nave. Casó con Margarita Sánchez, guapa joven, hija de los dueños de una camisería, y logró la felicidad que deseaba.

A la vuelta de algunos años, Martín, se retiró de los negocios; y como durante su vida comercial contrajo buenas relaciones, sus amigos se empeñaron en llevarle al municipio, representando á uno de los distritos de la



cuando apostrofaba á Catilina; única cita que acudió á las mientes del anciano, quien tenía la historia relegada al olvido, desde que se ocupaba en admistrar sus bienes.

El joven obtuvo ovación delirante: le aclamaba el público, vitoreándole con sincero frenesí, mientras el pobre padre lloraba de gozo, ocultándose tras los cortinajes del palco, para que nadie advirtiera su estado de ánimo. Cuando la reunión se dió por terminada, Federico recibió toda suerte de felicitaciones. Don Manuel, no pudiendo resistir más tiempo, bajó al escenario y delante de aquella gente abrazó á su hijo. La reconciliación quedaba hecha de manera honrosa para el joven. Su padre declaró que estaba satisfecho, orgulloso de él, y quiso que comieran juntos.

capital. Aceptó el sacrificio el ex tendero, y lució la faja de edil. Fué concejal cuatro años, y dejó el puesto sin que nadie pudiera achacarle la más pequeña irregularidad, ni probarle ningún desfalco; caso estupendo, poco frecuente en la historia de los padrastreros municipales, de los ayuntamientos de España.

Más tarde, y en justa recompensa á su integridad, escaló puesto más alto, sentándose en los escaños de la diputación provincial; el cual cargo, continuaba desempeñando cuando Enriqueta y Federico se tomaron los dichos.

¿Qué si amaba Enriqueta á su novio? Sí; y mucho: tanto como era amada por Federico. En cuanto el joven abrió los labios, para expresar con frases inspiradas el estado de su corazón, Enriqueta, sintió no sé qué de agradable. No obstante, hízose la interesante y ocultó durante algunos días su inclinación, coquetería dispensable en toda mujer hermosa. Federico volvió á la carga con más ímpetu, y al cabo se entendieron.

Sólo una cosa inquietaba á Enriqueta. Presumía que con los humos que su padre iba tomando, tratase de buscarle marido en esferas más altas. Por tal causa, mantuvieron las relaciones secretas, y don Martín no sospechó los amores de su hija, ni Margarita fué más lista, á pesar de su perspicacia fina y sutil.

Hablaban durante las últimas horas de la noche, y primeras de la madrugada, lo cual explica satisfactoriamente la conducta de Federico, en lo concerniente á la hora de retirarse á su casa. La familia de don Martín, habitaba un magnífico hotel situado en el ensanche de la capital. Bajaba Enriqueta á las rejas del piso bajo, burlando la vigilancia de su madre, de aquel Argos apergaminado y charlatán, que aspiraba á que su familia se entroncase con la de algún noble aristócrata. Federico fué puntual á sus citas: ni una sola noche faltó, aun cuando las inclemencias del tiempo convidasen á meterse en la cama.

Las pláticas de los dos amantes, fueron un continuo idilio. ¡Cuán veloces transcurrían las horas! No se hartaban de estar juntos, de decirse mil veces que se amaban, que se amarían eternamente; y era de ver como Federico, que nada tenía de romántico, remontábase á las regiones de lo infinito, y hablaba en términos elocuentes y poéticos, destilando ternura, haciendo donosas comparaciones, y asegurando que todo lo perdonaría, siempre que no le faltase el amor de Enriqueta. No empleó subterfugios ni ocultaciones. Desde el primer día, expuso sus ideas materialistas, habló de su descreimiento y

de sus aspiraciones, y Enriqueta, aunque no comprendía en su justo valor tales teorías, dádale la razón, acabando siempre con ésta frase: «Conque me quieras mucho tengo bastante.»

No por esto dejó de pensar la joven en la diferencia enorme que había entre las ideas de su padre y las de Federico. Don Martín, también era un poco exagerado; pero de distinta manera que el otro. Sin ser hipócrita pecaba de beato, y mantenía buena amistad con frailes



curas, tanto por sentir inclinación leal hacia la iglesia, cuanto por convenir así á la posición que había logrado obtener. Sin embargo, Enriqueta, no vió en ello obstáculo insuperable para que se efectuara su casamiento con Federico: «Papá es bueno, — pensaba, — me quiere mucho y transigirá un poco; y con otro poco que ceda Federico, asunto concluido.»

Así pasaron algunos meses, cuando el joven, que por lo mismo que era serio y formal, tenía mucho de Quijote, declaró que no se avenía con su carácter aquel estado de cosas. Cierta, que pasaba horas agradables, no

ches deliciosas; pero creyó que no encajaba muy bien en un hombre que empieza el camino de la popularidad y es idolatrado por las masas, aquel procedimiento empleado para hablar con la que debía ser su esposa.

— Es preciso Enriqueta, que tus padres se enteren de nuestras relaciones, para que pueda entrar en tu casa.

Ella no contestó: aquella exigencia, con ser tan legítima, parecióle de mal agüero. Presintió que iban á terminar las plácidas noches de idilio y de arrobamiento.

— ¿Qué me dices? — importunó Federico.

Después de un buen rato, contestó Enriqueta:

— Esperemos.

— ¡Esperar! ¿A qué? Cuanto antes se allane esta dificultad, mejor... Digo, á menos que tú pienses lo contrario.

— ¡Qué cosas dices!...

Expuso Enriqueta las razones que le asistían para hablar de aquel modo. Le parecía lo más prudente esperar á que Federico acabase la carrera. El se opuso, diciendo que no quería hacer el oso por más tiempo. Y hablando, hablando, después de haber estado á distancia muy corta de la ruptura, por aquella pequeñez, creyeron encontrar una fórmula salvadora.

— Para asegurarnos del éxito, — dijo Enriqueta — lo mejor es que tu padre pida mi mano; ¿qué te parece?

Claro que Federico, no tuvo nada que objetar á tan lógicas razones. Quedó convenido que el joven escribiría á don Manuel, dando cuenta de su deseo, ó marcharía al pueblo para entenderse verbalmente con su padre, y dejar franco y expedito el camino que debía conducirles á la felicidad.

Antes de que Federico se decidiera á escribir á su padre, don Manuel se presentó, como acaba de decirse, en casa de su hijo.

V

Puesto de venticinco alfileres, luciendo historiada le vita, que sólo veía el sol en las épocas solemnes del año, enguantadas las manos, y cubriendo su cabeza con sombrero de copa, del tiempo del Empecinado, se apersonó el padre de Federico en el hotel de don Martín de la Cruz. Hallábase éste en su despacho, revoliendo papeles interesantes, cuando el criado pasó la tarjeta de don Manuel.

Leyó la cartulina el señor de la Cruz, dió orden de que entrara el visitante, por cuyo aspecto, juzgó que sería un caciquillo de pueblo, que venía para la concesión de una carretera, ó con alguna exigencia.

JULIÁN PÉREZ CARRASCO

(Continuará).



LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

CARTAS FINLANDESES, por *Angel Ganivet*, cónsul de España en Helsingfors, precedidas de un estudio crítico de Nicolás M.^a López y la lista de admiradores del autor que han costeado la edición, revelando con ello que aun hay, en este decadente fin de siglo, seres que sienten, que piensan y que saben poner sus medios á disposición del arte... Y á fe que los distinguidos señores que tal prueba han dado de cultura, pueden estar doblemente orgullosos; pues el libro del señor Ganivet, merece por muchos conceptos los elogios que toda la prensa le ha dispensado... Su gracejo en la descripción, su fina sátira, propia de su cerebro meridional, la verdad con que trasladó á las páginas del libro, cuadros de costumbres finlandesas y rasgos de tipos difíciles de observar en sus detalles nimios, toda la labor en fin del señor Ganivet merece la admiración y el aplauso sinceros de quienes saben apreciar y distinguir el arte verdad, del garrulismo ó el extravío.

También el prologista, revela reunir excelentes dotes literarias... Su prólogo, en el que estudia los caracteres que distinguen á Granada y lo granadino, del resto de Andalucía, lo debieran leer los que alardean de regionalistas; pues aprenderían á reformar su criterio, en lo que al arte se refiere.

Reciban nuestro aplauso autor, prologuista y cuantos á la publicación de la obra han contribuido; y mucho celebraremos que el público responda á sus esfuerzos del modo que merecen.

CARTAS FINLANDESES, se vende al precio de 2'50 pesetas, en las principales librerías de España y del extranjero.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de A. Coll.

Justo castigo. — *Un accidente verosímil.* — Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR. — *El general Duque de Nájera.* Retrato y artículo biográfico de M. Escalante Gómez.

Nieve de otoño (París). — Cuadro de Francisco Miralles.

Imitando á la hormiga. — Cuadro de José Casanovas Clerk.

Los otros. — Ilustración de A. Seriná.

PÁGINAS EN NEGRO. — *La medicina en el pasado.* — Artículo de Luis Vega-Rey. *Rimas inéditas;* de Manuel del Palacio, José M.^a de Ortega Morejón y José de Velilla.

El espantajo. — Composición y dibujo de José Cuchy.

Letras catalanas. — *Angel Guimerá.* — Artículo de J. F. Luján.

El juramento de Luisa. — Cuento de Miguel Medina, ilustrado por Gastón Pujol.

Los otros. — Artículo de Luis de Val. — Ilustración de Eugenio Alvarez Dumont.

Notas artísticas. — *La Castañera;* por Ricardo Urgell.

Madrid elegante; por Montecristo.

El ideal. — Continuación de la novela de Julián Pérez Carrasco, ilustrada por Seriná.

Maestro Borrás de Palau (Retrato).

MOSAICO.

REGALO. — *Ingrata.* Melodía para mezzo-soprano, con acompañamiento de piano. Letra de José M. Tous y Maroto; música del maestro Juan Borrás de Palau.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.